

Semblanza

Manuel García Déniz

Conocí a Ricardo en 1968, en su querida isla de La Palma. Yo había elegido destino provisional en Los Llanos de Aridane y al llegar allí me sentí muy solo hasta que, tras unos días, aparecieron en Tazacorte otros maestros conocidos por mí, y con ellos apareció como interino un chico pelirrojo y jovial que me fue presentado y desde ese momento formó parte natural del grupo.

Ricardo Lorenzo Pérez nació el 12 de junio de 1946 en San Andrés y Sauces. Era un palmero hasta la médula y no perdió nunca ese carácter. ¿Recuerdan su forma de hablar? Aparte de su “deje”, en el habla tenía algunas construcciones curiosas: su manera de nombrar a “papá” y “mamá”, el uso que hacía de “sacar” y “quitar” y, especialmente, su manera de terminar los tiempos verbales del pasado en la primera persona del plural; decía “comíanos” o “estábanos” en lugar de “comíamos” o “estábamos”. Lo curioso es que no resultaba chocante en él, simplemente simpático.

Aquel curso en Tazacorte fue divertido; formamos con otros amigos y amigas, que se unieron después, un grupo con el que hacíamos excursiones por toda la isla. Él se encargó de enseñarnos su pueblo, Los Tilos, Puerto Espíndola y el Trapiche. Cada dos o tres días nos veíamos en la plaza de Los Llanos o en el Miami, en Tazacorte.

Luego él volvió a Santa Cruz de Tenerife, hizo las oposiciones y las ganó. Yo me quedé en Los Llanos y no volví a verle hasta el verano de 1972. Había llegado la ley de Villar Palasí y nos encontramos en La Laguna haciendo el curso de Especialización en Matemáticas. Fue una alegría volver a vernos; de inmediato formamos equipo de trabajo con algunos otros compañeros y mientras duró el curso nos vimos a diario y estudiamos duramente para conseguir nuestro propósito de trabajar en la Segunda Etapa de Educación General Básica (EGB) como especialistas en matemáticas. El curso supuso vernos de nuevo en las siguientes navidades; pasaron rápidamente y cada uno volvió a su escuela.

Pasaron cuatro años y en 1976, cuando conseguí trasladarme a Santa Cruz, volví a encontrar a un amigo que fue mi guía en los primeros tiempos. Se sentaba conmigo en el coche y me llevaba a todos los sitios que él creía que iba a necesitar conocer. Ya saben que a él no le gustaba conducir, pero conocía Santa Cruz y La Laguna estupendamente; me enseñaba por donde debía tomar y cuál era el mejor aparcamiento en cada sitio.

En 1979 se incorporó a la Sociedad Canaria Isaac Newton de Profesores de Matemáticas como socio número 83. Desde un primer momento fue un socio activo, como no podía ser menos. Estuvo en los grupos de trabajo y en diversos puestos directivos.

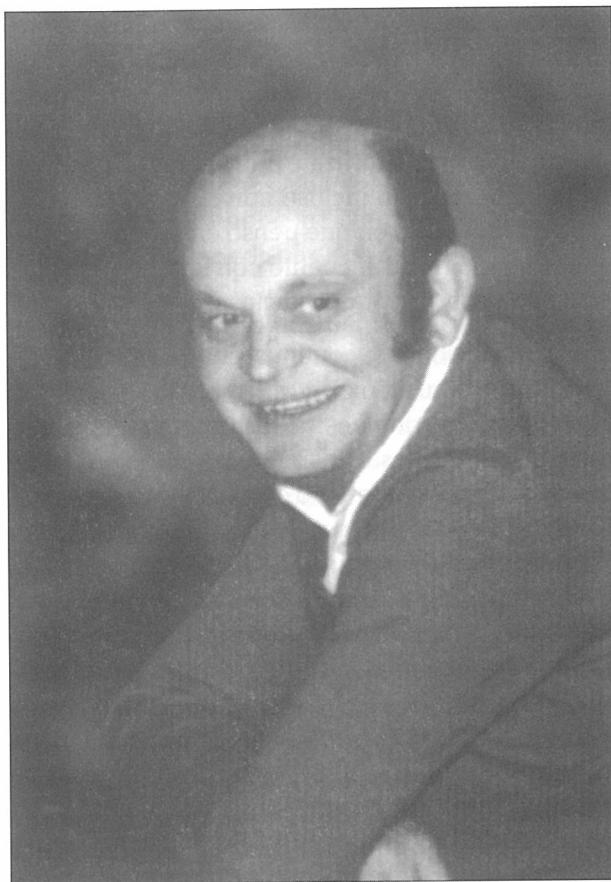
En 1984, cuando Luis Balbuena fue Consejero de Educación, Cultura y Deportes, Ricardo fue llamado a formar parte del Gabinete para la Reforma Educativa. Allí trabajó como asesor de matemáticas para la Reforma del Ciclo Superior de la EGB, junto a un nutrido grupo de compañeros de las diversas áreas, formando un equipo de imborrable memoria, el mejor que haya existido nunca. Su trabajo fue denodado; visitar a los profesores de los centros experimentales suponía un esfuerzo extraordinario para preparar los materiales, viajar por las distintas islas, sentarse con ellos, analizar lo hecho, diseñar lo que faltaba por hacer, convencer a compañeros, equipos directivos y padres... Todo ello con una tremenda precariedad de medios, pero con una ilusión y una entrega desbordantes.

El trabajo se incrementó con el aumento en el número Centros experimentales y, sobre todo, con la necesidad de contactar con los asesores y experimentadores del resto del Estado, acudiendo a Jornadas y Encuentros, intercambiando experiencias e ideas, y pasando más tarde a la elaboración de los currículos, decretos, órdenes y resoluciones; luego se extendió la Reforma hacia los ciclos inferiores de la Educación Básica, Infantil y Primaria, donde de nuevo Ricardo y un equipo de compañeros realizaron una labor de adecuación importantísima, apreciada y respetada en todo el territorio español.

Mientras tanto, siempre en la brecha, formaba parte del Seminario de Didáctica de las Matemáticas de la Escuela de Magisterio de La Laguna, bajo la dirección de Martín Manuel Socas Robayna. Junto a una treintena de profesores, dedicó una gran parte de su tiempo a diseñar y experimentar actividades para la enseñanza de múltiples temas, con elaboración e impartición de cursos e incluso la publicación de algunos de esos materiales.

Todo ello condujo a que en una posterior legislatura volviese a formar parte del equipo de la Consejería de Educación, Cultura y Deportes, trabajando en la Dirección General de Ordenación e Innovación Educativa como coordinador en la Asesoría de Educación Básica. Su labor, algo más oscura, fue fundamental en la puesta en marcha de la LOGSE en Canarias. Su experiencia anterior y su capacidad de trabajo eran una tarjeta de presentación inmejorable.

En esa época estuvimos muy unidos, en el trabajo y en los viajes. Casi siempre nos tocaba compartir habitación, lo mismo en Madrid, que en La



Ricardo
Lorenzo Pérez.

Gomera que en Badajoz. Los continuos viajes llegaron a minar la estabilidad emocional de casi todos pero él, con su habitual buen humor, contribuía a disminuir los efectos. En una ocasión volvíamos de Lanzarote, donde se habían celebrado unas Jornadas anuales de la Isaac Newton, en un avión de Iberia y con un tiempo muy extraño. Había una fuerte calima y el cielo estaba totalmente cubierto de nubes. Yo estaba sentado hacia delante y él viajaba al lado de otro compañero de la sociedad que iba muy nervioso. Al despegar se habían notado algunos zarandeos como consecuencia del viento racheado en el aeropuerto de Guacimeta, pero se había estabilizado y viajábamos sobre una capa de nubes totalmente cerrada. De repente, encontramos en el camino un agujero perfectamente circular en la capa de nubes. El avión lo atravesó diametralmente y apenas habíamos comenzado a cruzarlo cuando se produjo una repentina bajada a plomo del aparato, lo cual produjo el susto y la natural alarma de los pasajeros. Según contaba Ricardo, su compañero de asiento le preguntó lívido qué había pasado y si aquello era normal. Él, para tranquilizarlo, le contestó:

“No debe ser grave, porque mira para Déniz; él viaja mucho, está acostumbrado a estas cosas y no ha dejado de leer. Así que debe ser normal”. Esto bastó para que nuestro amigo terminara el viaje tranquilo, al menos hasta aproximarnos al aeropuerto de Los Rodeos; el avión entró por Valle Guerra, con unos saltos indescritibles y un aterrizaje que dejó una rueda y la puerta delantera del avión inutilizados, e incluso con unas palabras del piloto indicando que hubo un momento en que pensó en retroceder y se encontró que ya no podía. Ricardo hacía el cuento con un brillo especial en sus ojos pícaros y terminaba con su risita contagiosa.

Lo de compartir andanzas y habitaciones lo continuamos hasta el final. En el reciente Seminario de La Gomera, su última actividad con la Sociedad, lo hicimos una vez más. Continuamos con nuestra costumbre de levantarnos temprano y dar un paseo antes de desayunarnos para comentar nuestras vidas, las incidencias de la jornada anterior o comentar nuestros pensamientos. También solíamos hacer un paseo nocturno, antes de acostarnos. En cierta ocasión, con motivo de asistir a las JAEM celebradas en Badajoz tuvimos una “aventura nocturna” a causa de esta costumbre nuestra. Habíamos sido encargados de coordinar un grupo de trabajo de Educación Primaria en esas Jornadas. El primer día pedimos a nuestro coordinador local información acerca de dónde podríamos ir a cenar, a pasear o a ver algunos monumentos durante la noche. Nos dio un pequeño mapa de la ciudad y la recomendación de que no saliésemos de noche porque había poco que ver y, especialmente, porque no era costumbre en la ciudad salir de noche. Nos recomendó vivamente no pasar por ciertas zonas junto al río ni en la plaza de la Catedral. Al parecer estaba preocupado por la presencia de mujeres de “vida fácil” en un sitio y “gitanos” en el otro. Naturalmente, esto no nos disuadió de nuestro habitual paseo, dado que estábamos cansados y no habíamos podido respirar siquiera el aire de la calle debido al trabajo tan intenso que estábamos desarrollando. Así que acudimos a cenar al restaurante que nos había recomendado, excelente por cierto y argentino por más señas (“Martín Fierro” creo que se llamaba), donde después de cenar nos tomamos alguna jarrita de buen vino extremeño en compañía de Manolo Fernández y algunos otros compañeros canarios. Al terminar todos cogieron taxis para dirigirse al hotel a descansar; pero nosotros, fieles a nuestra costumbre, decidimos pasear y dirigirnos al hotel pasando por la orilla del río. No eran más que las once de la noche y nos parecía que un paseo de una media hora o algo más podría hacernos mucho bien para afrontar al siguiente día el trabajo encomendado. Dicho y hecho, consultamos el mapa y nos pusimos a caminar y hablar; tan entretenidos estábamos que cuando nos dimos cuenta que había pasado la media hora quisimos consultar de nuevo el mapa para situarnos y no encontramos ninguna referencia de calle, nos habíamos “salido” del

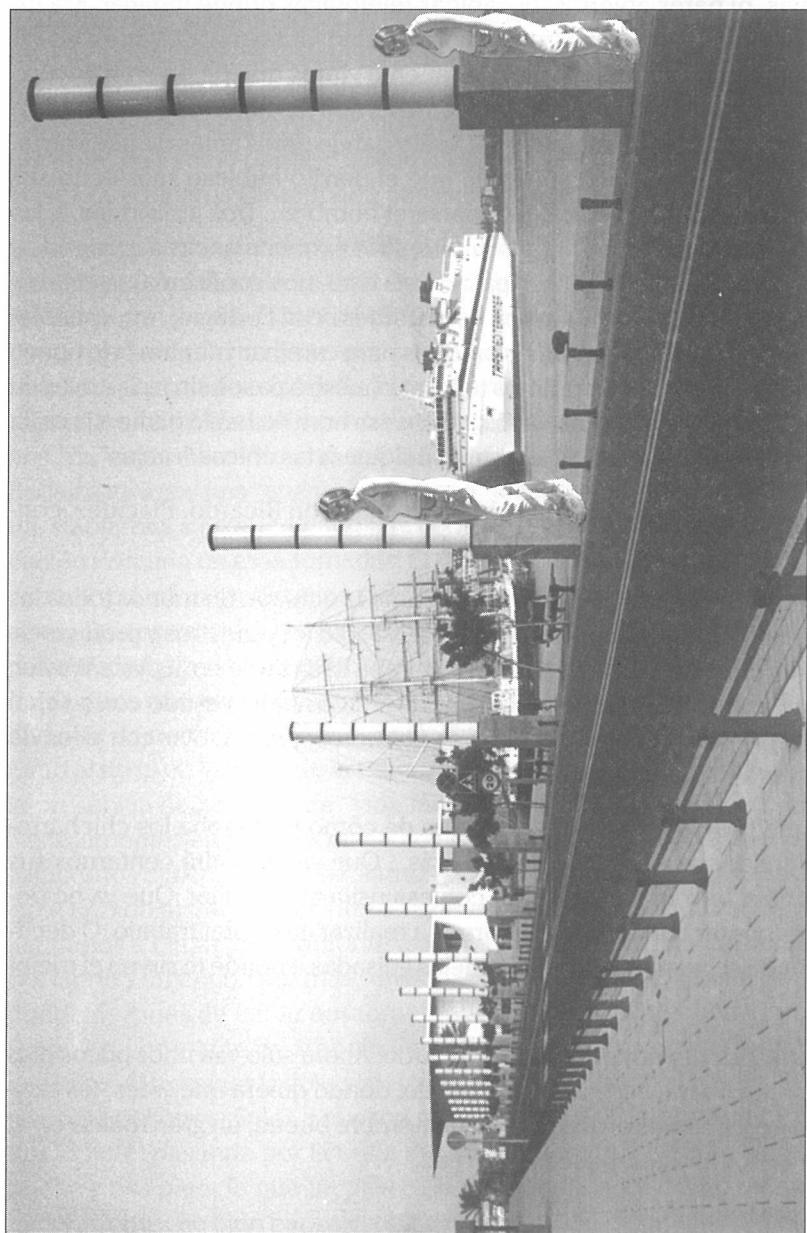
mapa. Para evitar dar vueltas sin sentido decidimos preguntar a algún viandante sobre nuestra situación y no pudimos. No había ni una sola persona a la vista. Por más vueltas que dimos no fuimos capaces de encontrar ni personas, ni bares abiertos, ni cabinas telefónicas donde indagar. Era increíble, parecía que estábamos en una ciudad fantasma; durante más de diez minutos no vimos a nadie. De repente vimos que de un edificio algo alejado salía un señor con pijama de rayas que llevaba un perrito atado a una correa. Salimos disparados hacia él y dando gritos antes de que volviese a entrar en su casa después de que el perrito hubiese satisfecho sus necesidades. El susto que debió darse el hombre... Dos individuos, a las doce de la noche y en un lugar solitario, se le echaban encima corriendo y dando gritos. Gracias a Dios, y pasado el susto, nos confirmó que estábamos fuera del mapa y muy cerca de la frontera con Portugal; muy amablemente nos dio las instrucciones precisas para caminar y “entrar” de nuevo en el mapa, con lo cual pudimos terminar nuestro paseo sin más novedad y entre risas por la aventura vivida. ¡Ah!, a esa hora no había nadie a la orilla del río; a esa hora no salían a la calle ni siquiera las chicas “malas”...

En eso consistía compartir la vida y el trabajo con Ricardo. Placidez, conversación, buen humor e intensidad.

Lo voy a echar de menos, ya lo hago. Como le echarán de menos todos los que le conocieron y fueron sus amigos. No sólo los maestros y profesores. También aquellos con los que se encontraba cada tarde en la plaza Weyler. Era muy corriente verle bajar Rambla de Pulido abajo, vestido con su chaqueta, a la búsqueda de sus amigos palmeros, para hablar con ellos de agricultura y sobre todo del agua.

Y sus amigos de fiestas. ¿Se acuerdan de cómo preparaba los chicharrones? Pensar que ya no le veremos más... Que ya no podrá contarnos sus anécdotas, terminadas siempre con esa risita tan familiar. Que ya no podremos contar con él para ayudarnos a realizar cualquier trabajo. O decirnos dónde se comen las mejores viejas guisadas o dónde te sirven el mejor vino.

Han sido treinta y tantos años con Ricardo. Ahora sólo van unos pocos días sin él y aún no me acostumbro. Ricardo, donde quiera que estés, tus amigos no te podremos olvidar. Fuiste un hombre bueno, un gran maestro y el mejor de los amigos. Descansa en paz.



¿Gemelas?
Luis Balbuena Castellano.